

Usos y tácticas en la cultura ordinaria

Michel De Certeau
Jaime Rubio Angulo, trad.

Jaime Rubio A. profesor del Seminario sobre Teoría de la Cultura en el Énfasis de Comunicación y Desarrollo ha preparado esta revisión provisional del texto "Pratiques quotidiennes" de Michel De Certeau. El profesor de Certeau cuenta con una triple formación psicoanalítica, clerical e historiadora. Miembro de la escuela freudiana de París, especializado en la historia de los siglos XVI a XVIII, en la actualidad imparte enseñanza en la Universidad de París VII y es también profesor en la Universidad de San Diego, en California. Se dedica a la investigación sobre la mítica, la prehistoria moderna de las ciencias humanas, y el lenguaje mudo de las prácticas. Ha publicado, entre otras, "La culture au pluriel" (La cultura en plural) U. G. E., 10/18, 1974; "L'écriture de l'histoire" (La escritura de la historia). Ed. Du Seuil, 1974.

Quiero presentar un trabajo en curso sobre los "modos de hacer" y las "prácticas cotidianas" a lo que dará el nombre de *Cultura Ordinaria* para evitar la expresión consagrada de "Cultura popular", en donde el término "popular" está comprometido por muchos usos ideológicos. Este trabajo lo ins-

* Michel De Certeau. *Pratiques quotidiennes*, en G. Poujol y R. Labourie. *Les cultures populaires*. INEP, Toulouse, Edouard Privat Editeur, 1979, pp. 23 - 30.

cribo bajo el signo de una cuestión nacida de diferentes investigaciones históricas o antropológicas que conciernen ya sea a los fenómenos de posesión o de brujería, sea el lugar de los dialécticos en Francia entre el fin del "Ancien Régime" y el comienzo del siglo XIX.

De las representaciones culturales o de las organizaciones sociales que eran las propias de estos marginados, posesos o brujos traducidos a juicios por el poder real o por la autoridad clerical, solo nos quedan fragmentos seleccionados por estos procedimientos, codificados por los cuestionarios de los jueces. En el caso de la posesión por ejemplo, solo nos quedan fragmentos en la red de taxonomías jurídicas, médicas, teológicas. Lo que el tribunal y el orden social, del que eran agente, preguntaban fundamentalmente a los posesos (as), desviantes por relación al orden social, como los inmigrantes testimonio de otro país, era dejarse reubicar dentro de una identidad social definida desde el comienzo por un código de identidad onomástica: el interrogatorio imponía un tablero de nombres propios y el desviante extraño debería colocarse allí "ordenarse" aceptando tal o cual de los nombres propuestos: Satanás Bezebuth etc. A este esfuerzo de nominación y ordenación hecho por la sociedad imponiendo un nombre una tarjeta de identidad, el poseído o la poseída respondía no añadiendo un caso nuevo al tablero, sino circulando en este tablero, pasando de una casilla a otra, de un nombre a otro, es decir anunciando desde el principio "Soy M", después, al siguiente instante "Soy N". Dicho de otra manera los elementos de su lenguaje eran aquellos que la sociedad le imponía, y solo esos, pero su acto de elocución consistía en viajar en el código social y perturbar por completo el orden de los sitios.

Algo parecido, se me ocurre, es lo que pasa en relación con la cultura "oficial" o "cultivada" para retomar así los términos consagrados. No se trata de aceptar el análisis que la cultura mayoritaria hace de las culturas marginales, ideologizando ciertos lugares y algunos grupos folklórizados, afirmando que allí la marginalidad se encuentra bien e integrando así un lugar identificado en un orden social que no cambia. A esta manera de asignar a la cultura ordinaria un puesto en el tablero social, opongo la circulación transversal que practican en su vida cotidiana, en sus maneras de hacer las gentes ordinarias. De ahí la designación de un problema esencial: como captar la *producción de los consumidores*? Es decir, como tratar la cuestión del *uso* que se hace de los productos ofrecidos a tal o cual consumidor? Además, como especificar los *procedimientos de esta producción*?, de esta creación cotidiana orientada a lo efímero y a lo anónimo? Finalmente, como organizar la *formalidad de las prácticas*? Tres etapas de un trabajo en curso. En cada etapa de investigación, la determinación del objeto es inseparable de la delimitación metodológica de los procedimientos de su estudio, si queremos ir más allá de las investiga-

ciones centradas sobre las representaciones o sobre los comportamientos. Ahora bien, mi objetivo en esta investigación emprendida . . . era analizar el uso de estas representaciones y comportamientos por grupos e individuos, es decir, las circulaciones y las "actuaciones" realizadas a través del código social impuesto a todos.

Usos

Se puede, por ejemplo, analizar las imágenes difundidas por la TV como se han analizado aquellas que ofrecía la Biblioteca Azul en los libros de buhonero del siglo XVIII. Esto, concierne a las representaciones. Si uno se interesa en el tiempo pasado frente al aparato de T. V., o en el número de entradas al cine, o si uno calcula el número de libritos de buhonero difundidos en tal o cual región, entonces uno pasa a los comportamientos. Pero también es posible interesarse por lo que el consumidor cultural *fabrica* durante las horas empleadas en mirar TV o una película en el cine y con las imágenes que se ofrecen totalmente hechas. La misma pregunta se plantea con respecto al uso del espacio urbano, ya que un sistema construido organiza la ciudad como un sistema de palabras y líneas organiza un periódico. Cómo el caminante practica su ciudad, espacio ya construido en el cual el organiza su propia circulación, escoge un trayecto más que otro, acelera, vaga y crea sus poemas según sus humores. A la palabra *consumidor* marcada por un prejuicio social y cultural cuyo sentido no es muy claro, la sustituyo por la de *practicante* y me intereso por el uso que estos *practicantes* hacen de su espacio urbano edificado, de los sistemas de productos organizados en los supermercados o en los relatos y leyendas distribuidas por su periódico habitual.

Allí hay una fabricación en la que el practicante es el autor: es una producción, pero permanece oculta, porque está diseminada en las regiones perfectamente definidas y ocupadas por los sistemas de la producción televisada, urbanística, comercial, etc., y porque la extensión cada vez más totalitaria de estos sistemas no deja lugar en donde los practicantes puedan marcar lo que hacen con los productos recibidos. Se puede escribir sobre la página de un libro y el intelectual subrayando una palabra y el niño garrapateándola marcan cada uno su lugar de practicantes y de autor en el espacio construido por otros. Pero no se puede escribir sobre el celofán que envuelve el artículo comprado ni garrapatear sobre la pantalla del aparato de TV. Lo que se hace con el objeto comprado, con la imagen recibida no se inscriben va en el sistema de producción. Las huellas del consumidor se borran. A la producción de objetos y de las imágenes, producción racionalizada centralizada, ruidosa, espectacular, expansionista, corresponde otra producción disimulada por el consumo, una producción astuta, dispersa, silenciosa y oculta pero que se insinúa por

todas partes. No se marca con productos propios, sino que se caracteriza por maneras propias de emplear los productos difundidos e impuestos por el orden económico dominante.

Un equívoco semejante . . . se insinúa en nuestras sociedades con el uso de los "medios" populares (es decir, "popular" simplemente lo que nombra y crea como tal una clase dominante) hacen de las culturas difundidas e impuestas por las élites productoras de lenguajes autorizados. Así, para las literaturas llamadas populares uno sabe que son construidas por artesanos especializados según reglas precisas, el análisis de su contenido o de su lenguaje no es suficiente para decirnos que es lo que realmente hacen aquellos que las compran. De ahí una *segunda equivocación*: la producción del practicante es el autor de una producción secundaria que se oculta en el proceso de utilización. Al analizar esta manipulación se puede apreciar el desvío o la similitud entre el primer producto y esta producción secundaria. Sería absurdo postular a-priori de una u otra una continuidad más que una diferencia. El problema radica en medir la naturaleza real de la relación entre ambos regímenes de producción.

Se puede tratar esto por analogía con lo que ocurre con el lenguaje cuando es hablado: con un vocabulario y una sintaxis recibidas ofrecidas para ser usadas (*pret a porter*) cada uno construye frases personales, que constituyen apropiaciones en el campo de un orden. El sistema de la lengua no es idéntico a lo que con ella hacen los usuarios y locutores. Lo mismo sucede con los objetos comprados en los supermercados: constituyen un vocabulario, una sintaxis recibida un producto dado que reenvía a un nivel social determinado etc., pero otra cosa es la frase que con estos objetos el practicante produce al interior de un sistema dado. Trabajos recientes en lingüística ofrecen elementos de análisis interesantes en esta perspectiva, por ejemplo a partir de la distinción entre el *enunciado* y la *enunciación* (el acto de decir, unido a la circunstancia, a la situación del locutor, en su relación con otros).

La *enunciación* presenta muchos rasgos que pueden aclarar nuestra investigación. En primer lugar es un acto de *apropiación* de la lengua: hablando me pongo como locutor. Hago más ciertas palabras de esta lengua que existe en sí misma sin mí. En seguida, como lo ha señalado Benveniste, es una manera de realizar la lengua, de afectar un espacio, una sonoridad, una realidad: solo hay una lengua realizada cuando es hablada. En este sentido el locutor es en la lengua como el caminante en la ciudad. Gracias al caminante el espacio abstracto se convierte en espacio vivido, adquiere realidad, se estructura

según ejes de privilegio, etc. Finalmente, el acto de enunciación *hacer surgir al otro* y así, la relación social: siempre hay un destinatario, aún si uno habla solo.

Como el hablante de la lengua recibida, como los indios en el orden cultural impuesto los usuarios "bricolent" (sic) con y en la economía cultural dominante. Será necesario analizar las innumerables e infinitesimales metamorfosis que ellos hacen sufrir a la luz de esta economía cultural para inscribir allí sus intereses y sus reglas propias. En esta actividad de hormiguero deben captarse productores, condiciones de posibilidad, los funcionamientos y sus efectos.

"Procedimientos" de la producción cotidiana

Evito adrede el término de "creatividad" cotidiana por su elitismo y sus ambigüedades. Para evocar solamente una cuestión, me referiré a Michel Foucault en *Vigilar y Castigar* (Gallimard, 1975). Foucault ha sustituido el análisis de las instituciones del poder localizables, expansionistas, represivas y legales, por el estudio de los "dispositivos" que colonizan el interior de estas instituciones y reorganizan bajo la manga el funcionamiento del poder sin referirse a los discursos ideológicos. Estos procedimientos técnicos minúsculos juegan sobre y con los detalles: redistribuyen el espacio para hacerlos el operador universal de la vigilancia. Análisis innovador que vuelve a traer el análisis de los poderes hacia sus procedimientos tecnológicos. Sin embargo, a pesar que Foucault reconoce en este conjunto de dispositivos un aparato de vigilancia, si en un sistema de educación él descubre una cuadrícula disciplinaria, privilegiada, aún, en esta "microfísica del poder" el aparato de la producción; elucidando los procedimientos, pero para seguir el movimiento.

Si se puede tener por verdadero que la red de vigilancia se extiende por todas partes y se precisa por procedimientos múltiples y detallados me parece más importante descubrir también cómo una sociedad entera no se reduce a éste aparato. Porque a los aparatos de vigilancia responden los dispositivos de astucia de mañas, que juegan con todos estos dispositivos y los desarman. Es necesario preguntarse cuáles son las minúsculas prácticas populares qué manera de hacer responden del lado de los practicantes a los procesos mudos de la "puesta en orden" socio-político por la "disciplina".

Fijando nuestra atención, desde el comienzo, sobre las mil prácticas por las cuales los usuarios se reapropian subrepticamente el espacio organizado por las técnicas de producción socio-cultural, hemos encontrado cuestiones aná-

logas a las de Foucault en su gran libro *Vigilar y castigar*. Nuestras cuestiones eran análogas porque se trataba de distinguir las operaciones cuasi-microbianas que proliferan en el interior de las estructuras tecnocráticas y que desarticulan el funcionamiento mediante tácticas que juegan sobre los detalles. Pero eran así mismo contrarias, porque no buscábamos precisar como la violencia del orden se vuelve tecnología disciplinaria, sino exhumar las formas subrepticias que toma la producción dispersa, táctica y "bricoleun" de los grupos o de los individuos tomados de ahora en adelante en los pliegues de la vigilancia y no saliendo de ellos. En el fondo, estos procedimientos componen un entramado de antidisciplina indican posibilidades de juego, de resistencia y de escapes en el interior de un espacio controlado.

La formalidad de las prácticas

Se puede suponer que estas operaciones multiformes y fragmentarias, relativas a las ocasiones y a los detalles, insinuadas y ocultadas en los aparatos de los que son modos de empleo, y por lo mismo desprovistas de ideología o de instituciones propias, obedecen a reglas. Dicho de otra manera, haber una lógica de estas prácticas. Esto es volver al viejo problema, antiguo, de lo que es un *arte* o "manera de hacer". Desde los griegos hasta Durkheim, pasando por Kant una larga tradición se ha preocupado en precisar las formalidades como complejas (y en ningún caso simples o "pobres") que pueden dar cuenta de estas operaciones. Por este sesgo, la "cultura popular" se presenta diferentemente, así como toda la literatura llamada "popular": se formula esencialmente en "artes de hacer" esto o aquello, es decir en realizaciones combinatorias y utilizables. Estas prácticas ponen en juego una *razón* "popular", una manera de pensar investida en un modo de obrar, un arte de combinar, indisociable de un arte de utilizar.

Para captar la formalidad de estas prácticas, he jugado sobre dos especies de investigaciones. Las primeras, más descriptivas, se han orientado sobre algunas maneras de haber seleccionado sobre el interés que se pretendía en la estrategia del análisis para obtener variables bien diferenciadas: prácticas de lectura, prácticas de espacios urbanos, utilización de las ritualizaciones cotidianas, reempleos y funcionamiento de la memoria a través de las "autoridades" que hacen posibles o (permiten) las prácticas cotidianas, etc. Además, dos monografías más detalladas intentan seguir en su entramado las operaciones propias ya sea la recomposición de un espacio (el barrio Croix Rousse en Lyon) por las prácticas familiares, sean en las artes culinarias que organizan a la vez una red de relaciones, los "bricolages" poéticos y un reemplazo de las estructuras de mercado.

La segunda serie de investigaciones se orientan sobre literatura científica susceptible de ofrecer hipótesis permanentes para tomar en serio la lógica de éste pensamiento que no se piensa. Tres campos ofrecen un interés particular. Por una parte trabajos sociológicos, antropológicos y aún históricos (de E. Goffman, P. Bourdieu, de Mauss a M. Détiene, de J. Boissevain a E. D. Lumann) elaboran una teoría de estas prácticas, mixtas de ritos y bricolages, manipulaciones de espacios, operadores de entramados. Por otra parte desde J. Fishman, las investigaciones etnometodológicas y sociolingüísticas de Garfinkel, Wllabov, H. Sacks, E. A. Schegoff, etc., muestran los procedimientos de interacción cotidiana relativas las estructuras de expectación, de negociación y de improvisación propias de lenguaje ordinario.

Finalmente, también los semiólogos y los filósofos de la convención (O. Ducrot a D. Lewis), es necesario interrogar las lógicas fuertemente formalizadas y su extensión a la filosofía analítica a los dominios de la acción (G. H. von Wright, A. C. Danto, R. J. Bertein) al tiempo o a la modelización. Pesado aparataje que busca captar el hojaldre y la plasticidad de los enunciados ordinarios, combinaciones cuasiorquestales de partes lógicas (temporalización, modalización, disyunciones, predicados de acción) cuyos dominios son sucesivamente determinados por las circunstancias y la urgencia coyuntural. Un trabajo análogo a aquel que ha emprendido Chomsky para las prácticas orales de la lengua debe ponerse en juego para dar su legitimidad lógica y cultural a las prácticas cotidianas, o al menos en los sectores aún estrechos, en donde no disponemos instrumentos para dar cuenta.

Investigación compleja porque estas prácticas poco a poco exacerban y desmontan nuestras lógicas. Encuentra las penas del poeta, y como él lucha con el olvido: “y olvidaré el azar de la circunstancia, la calma o la precipitación, el sol o el frío, el comienzo o el fin del día, el gusto de las fresas o del abandono, el mensaje a medio entender . . . la voz en el teléfono, la conversación más anodina, el hombre o la mujer anónimas, todo lo que habla, hace ruido, pasa, . . .

La marginalidad de una mayoría

Estas tres determinaciones hacen posible atravesar el campo cultural, travesía definida por una problemática de investigación y puntualizada por sondeos localizados en función de hipótesis de trabajo que hay que verificar.

Intenta localizar los tipos de *operaciones* que caracterizan el consumo en la red de una economía y de reconocer en estas prácticas de apropiación los

indicadores de la creatividad que pulula allí mismo en donde desaparece el poder de darse un lenguaje propio.

La figura actual de una marginalidad no es ya aquella de pequeños grupos, sino una marginalidad masiva; es esta actividad cultural de los no-productores de cultura, una actividad no firmada, ni legible ni simbolizada, y que es la única posible para todos aquellos que por tanto pagan, comprando, los productos-espectáculos, en lo que se llama una economía productora. Se universaliza. Esta marginalidad se convierte en una mayoría silenciosa.

Esto no significa que sea homogénea. Los procedimientos por los cuales se opera el reemplazo de los productos atados a una especie de lengua obligatoria tienen funcionamientos relativos a situaciones sociales y a relaciones de fuerza. El trabajador inmigrante no tiene, delante de las imágenes de la tele, el mismo espacio de crítica o de creación que el hombre medio francés. Sobre el mismo terreno, la debilidad de los medios de información, de los bienes financieros y de los "seguros" de todo género exigen una sobredosis de astucia, de sueño o de risa. Dispositivos semejantes, jugando sobre relaciones de fuerza desiguales, no generan efectos idénticos. De ahí la necesidad de diferenciar las "acciones" (en el sentido militar del término) que se efectúan en el interior de la cuadrícula de los consumidores por el sistema de los productos, y de hacer las distinciones entre los márgenes de maniobra que dejan a los usuarios las coyunturas en las que ellos ejercen su "arte".

Las relaciones de los procedimientos con los campos de fuerza en donde intervienen debe pues introducir un análisis *polemológico* de la cultura. Como el derecho (que es un modelo), la cultura articula los conflictos y poco a poco legitima, desplaza o controla la razón del más fuerte. Se desarrolla en un elemento de tensiones, y a veces de violencia, a la que ofrece equilibrios simbólicos, los contratos de compatibilidad y de compromiso más o menos temporales. Las tácticas del consumo, ingeniosidades del débil para sacar provecho del fuerte, se aclaran sobre una politización de las prácticas cotidianas.

Tácticas de los practicantes

Este esquema, demasiado dicotómico, de las relaciones que los consumidores mantienen con los dispositivos de la producción se diversifica a lo largo del trabajo según tres modos: investigación de las problemáticas susceptibles de articular el material recibido; descripción de algunas prácticas (leer, hablar, caminar, habitar, cocinar, etc.) consideradas como significativas; extensión del análisis de estas operaciones cotidianas a sectores científicos aparentemen-

te regidos por otro tipo de lógica. Al presentar los recorridos efectuados en estas tres direcciones, el propósito de conjunto se matiza.

Trayectorias, tácticas y retóricas

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores silenciosos de senderos propios en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen por sus prácticas significantes alguna cosa que podría tener la figura de las "líneas d'erre" dibujadas por los jóvenes autistas de F. Deligny. En el espacio tenocráticamente edificado, escrito y funcionalizado donde ellos circulan, sus trayectorias forman frases imprevisibles, "atajos" en parte ilegibles. Si bien ellos son compuestos con los vocabularios de lenguas recibidas (aquellos de la tele, el periódico, del supermercado o de las cadenas de museos) y que permanecen sometidos a las sintaxis prescritas (modos temporales de horarios, órdenes paradigmáticos de lugares, etc.), trazan las astucias de otros intereses y de deseos que no son ni determinados ni captados por los sistemas en donde se desarrollan.

Ni siquiera la estadística conoce algo, en la medida en que se contenta con clasificar, calcular y poner en un cuadro las unidades "lexicales" de las que están compuestas estas trayectorias pero a las que no se pueden reducir, ni de hacerlo en función de categorías y de taxonomías que le son propias. Capta el material de estas prácticas pero no su *forma*; descubre los elementos utilizados y no la "frase" debida al bricolage, a la inventiva "artesanal", a la discursividad que combinan estos elementos "recibidos" y color muralla. Al descomponer estas "vagabunderías eficaces" en unidades que define ella misma, al recomponerlas según sus códigos la encuesta estadística encuentra solamente lo homogéneo.

Reproduce el sistema al cual pertenece y deja fuera de su campo la proliferación de las historias y operaciones heterogéneas que componen los "pachworks" de lo cotidiano. La fuerza de sus cálculos tiene la capacidad de dividir, pero es precisamente por esta fragmentación analítica que pierde aquello que ella cree buscar y representar.

La "trayectoria" evoca un movimiento, pero es el resultado de una proyección sobre un plano. Es una transcripción. Un grafo (que el ojo puede dominar) es sustituido por una operación; una línea reversible (legible en dos sentidos). Por una serie temporal irreversible; una huella, por los actos. Recorro pues a una distinción entre *tácticas* y *estrategias*.

Llamo "estrategias" el cálculo de las relaciones de fuerza que llegan a ser posibles a partir del momento en que un sujeto de querer o de poder (un propietario, una empresa, una ciudad, una institución científica) es aislable de "un medio ambiente". Ella postula un lugar susceptible de ser circunscrito como propio que sirve como base para una gestión de sus relaciones con una exterioridad distinta (los concurrentes, los adversarios, una clientela, los "blancos" u "objetos" de investigación). La racionalidad política, económica o científica se ha construido sobre este modelo estratégico.

Llamo por el contrario "táctica" un cálculo que no se puede hacer sobre un propio, ni sobre una frontera que distingue al otro como una totalidad visible. La táctica tiene por lugar el lugar del otro. Allí se insinúa fragmentariamente, sin captarla en su totalidad, sin poder tenerla a distancia. No dispone de base donde capitalizar sus ventajas, preparar sus expansiones y asegurar una independencia en relación con las circunstancias. Lo "propio" es una victoria del lugar sobre el tiempo. Al contrario, del hecho de su no-lugar, la táctica depende del tiempo, vigilante para "coger al vuelo" las posibilidades de su beneficio. Lo que gana no lo guarda. Es necesario constantemente jugar con los acontecimientos para hacer las "ocasiones". Sin abandonar la debilidad debe sacar partido de las fuerzas que le son extrañas. Lo hace en los momentos oportunos cuando combina los elementos heterogéneos (así al hacer mercado el ama de casa confronta los datos heterogéneos y móviles, como las provisiones en la nevera, los gustos, los apetitos y los humores de sus comensales los mejores productos del mercado y sus posibles alianzas con los que ya tiene en la casa, etc.), su síntesis intelectual tiene como forma no un discurso sino la decisión misma, el acto y la forma de "coger" la ocasión.

Muchas prácticas cotidianas (hablar, leer, circular, hacer el mercado o cocinar, etc.) son de tipo táctico. Y también, más generalmente, una gran parte de las "maneras de hacer": triunfos del débil contra el más fuerte (los poderosos, la enfermedad, la violencia de las cosas o de un orden, etc.), buenas jugadas, arte de lanzar los dados, astucias de los "cazadores" movilidad de maniobras, simulaciones polimorfas, hallazgos jubilatorios, poéticos o guerreros. Estas actuaciones operacionales manifiestan un saber muy antiguo. Los griegos lo llamaban *Metis*. Pero ellos lo remiten más atrás a inmemoriales inteligencias con las mañas y las simulaciones de las plantas o de los venenos (rememorar Julieta). Desde el fondo de los océanos a las calles de las megápolis, las tácticas presentan continuidades y permanencias.

En nuestras sociedades, ellas se multiplican con esterilización de las estabildades locales como si, de no ser fijadas por una comunidad circunscrita, se desorbitaran, errantes, y asimilaran los consumidores a los inmigrantes en un

sistema muy vasto y cerrado para que no puedan escapar. Pero ellas introducen un movimiento brobroeniano con este sistema. Estas *tácticas* manifiestan también hasta qué punto la inteligencia es indisociable de los combates y placeres cotidianos que ella articula, mientras que las *estrategias* ocultan bajo los cálculos objetivos su relación con el poder que las sostiene, guardado por el propio lugar o por la institución.

Para diferenciar los tipos de tácticas, la retórica ofrece modelos. No hay nada de sorprendente, porque, de una parte ella describe los "tours" en los cuales una lengua puede ser a la vez el lugar y el objeto, y por otra, estas manipulaciones son relativas a las ocasiones y a las maneras de cambiar (seducir, persuadir, utilizar) la voluntad del otro (el destinatario). Por estas dos razones, la retórica o las ciencias de las "maneras de hablar" ofrece un aparato de figuras tipos a las maneras de hacer cotidianas, en la medida en que es excluida por principio del discurso científico. Dos lógicas de la acción (una táctica y la otra esfrategica se liberan de estas dos formas de practicar el lenguaje. En el espacio de la lengua (como en el de los juegos) una sociedad explicita las reglas formales del obrar y los funcionamientos que los diferencian.

En el inmenso corpus retórico consagrado al arte de decir o de hacer, los sofistas tienen un lugar privilegiado, desde el punto de vista de las tácticas. Ellos tenían por principio, desde Corax, hacer "más fuerte" la posición "más débil" y pretendían poseer el arte de invertir el poder mediante la utilización de la ocasión. Sus teorías inscriben las tácticas en una larga tradición de reflexión sobre las relaciones que la razón mantiene con la acción y el instante. Pasando por el "Arte de la Guerra" de Sun Tseu en China, o por la antología árabe del "Libro de las astucias" esta tradición de una lógica articulada sobre la coyuntura y sobre el querer del otro conduce hasta la socio-lingüística contemporánea.

Leer, conversar, habitar, cocinar . . .

Para describir estas prácticas cotidianas que producen sin capitalizar, es decir dominar el tiempo, se impone un punto de partida porque es el foco exorbitado de la cultura contemporánea y de su consumo: *la lectura*. De la Tele al periódico, de la publicidad a todas las epifanías mercantiles, nuestra sociedad carcome la visión, reduce toda la realidad a su capacidad de mostrar o de mostrarse y transformarse las comunicaciones en viajes del ojo. Es una epopeya del ojo y de la pulsión de leer. La economía, transformada en "semiocracia" fomenta una hipertrofia de la lectura. Al binomio producción-consumo, se podría substituir su equivalente general. escribir-leer. La lectura (de la imagen o del texto) parece constituir, además, el punto máximo de la

pasividad que caracterizaría al consumidor, constituido en vidente (troglodita o itinerante) en una "sociedad espectáculo".

De hecho, la actividad lectora presenta al contrario todos los rasgos de una producción silenciosa: deriva a través de la página, metamorfosis del texto por el ojo viajero, improvisación y expectación de significaciones inducidas de algunas palabras, encabalgamientos de espacios escritos, danza efímera. Pero inepto ante el *Stockage* (en el original) (salvo si él escribe o "registra") el lector no se defiende contra la usura del tiempo (se olvida leyendo y olvida lo leído) si no por la compra del objeto (libro, imagen) que no es más que ersatz (la huella o la promesa) de instantes "perdidos" al leer. Insinúa las astucias del placer y de una reapropiación en el texto del otro: caza furtivamente, se transporta, se hace plural como los ruidos del cuerpo. Astucia, metáfora, combinatoria, esta producción es también una "invención" de la memoria. Hace palabra los despojos de historias mudas. Lo legible se vuelve memorable: Barthes lee a Proust en el libro de Stendhal; el espectador lee el paisaje de su infancia en el reportaje de actualidad. La delgada película de lo escrito se vuelve remoción de estratos, un juego de espacios. Un mundo diferente (el del lector) se introduce en el lugar del autor.

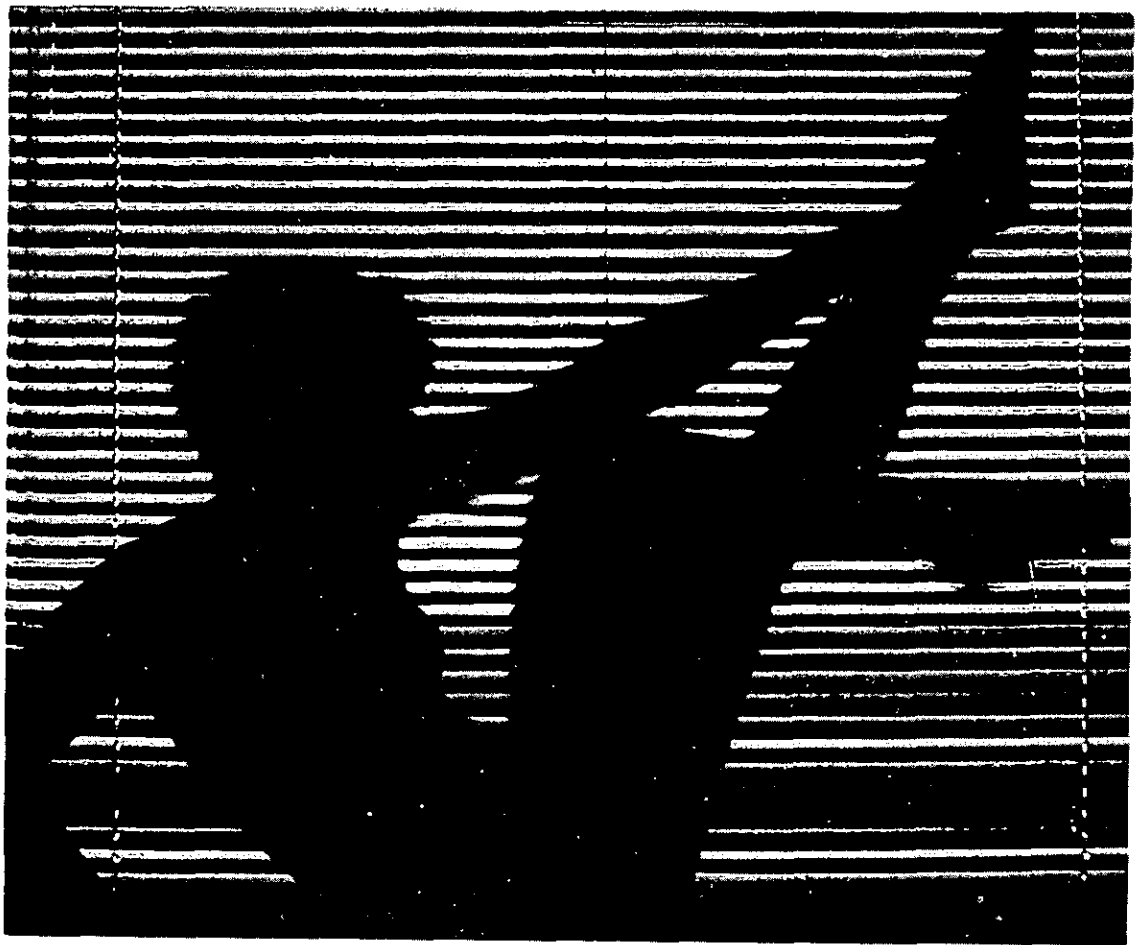
Esta mutación hace al texto habitable a la manera de un apartamento alquilado. Transforma la propiedad del otro en lugar prestado, un momento, por un pasajero. Los habitantes operan una mutación semejante en el apartamento que ellos amueblan con sus gestos y sus recuerdos; los locutores en la lengua en la que ellos insinúan los mensajes de su lengua natal y, por el acento, por "cambios" propios, su propia historia, etc., los peatones en las calles en donde hacen marchar las espesuras de sus intereses y de sus deseos. De la misma manera los usuarios de los códigos sociales los convierten en metáforas y en elipsis de sus cacerías. El orden reinante sirve de soporte a las producciones innumerables, mientras que hace a sus propietarios ciegos a esta creatividad (así estos "patrones" que no pueden ver lo que se inventa diferente en su propia empresa). Al final, este orden será equivalente de lo que las reglas de métrica y de rima eran para los poetas de antaño: un conjunto de limitaciones estimulaba a los trovadores; una reglamentación donde juegan las improvisaciones.

La lectura introduce un arte que no es pasividad. Recuerda más a aquel arte cuya teoría ha sido hecha por los poetas y los novelistas medievales: una innovación infiltrada en el texto y en los términos de una tradición. Imbricados en las estrategias de la modernidad (que identifican la creación con la invención de un lenguaje propio, cultural o científico), los procedimientos del

consumo contemporáneo parecen constituir un arte sutil de “inquilinos” astutos para insinuar sus mil diferencias en el texto que hace ley. En la Edad Media, el texto se encuadraba en la teoría de las cuatro o de las siete lecturas de las que era susceptible. Y era un libro. En lo sucesivo, el texto no viene de una tradición. Es impuesto por la generación tecnocrática productiva. Ya no es un libro referencial, sino la sociedad total convertida en libro hecho escritura de la ley anónima de la producción.

Con este arte de lectores se pueden comparar otros. Por ejemplo el arte de los cazadores: las retóricas de la conversación ordinaria son prácticas transformadoras de “situaciones de palabra”, producciones verbales o tejidos de posiciones locucionales que establecen redes orales sin propietarios individuales, creaciones de una comunicación que no pertenece a nadie. La conversación es un efecto provisorio y colectivo de competencia en el arte de manipular los “lugares comunes” y de jugar con lo inevitable de los acontecimientos para hacerlos “habitables”.

Pero la investigación se consagra sobre todo a las prácticas del espacio, a las maneras de frecuentar un lugar, a los procesos complejos del arte culinario, y a las maneras de instaurar confiabilidad en las situaciones sufridas, es decir posibilidad de vivir introduciendo allí la movilidad plural de los intereses y de los placeres, un arte de manipular y de interpretar (música). En la perspectiva abierta por *El Malestar en la Cultura* debe interrogarse sobre lo que puede ser hoy la representación pública (democrática) de las alianzas microscópicas, multiformes e innumerables entre *manipular e interpretar*, realidad fugitiva y masiva de una actividad social que juega con su orden.



"Armonía"

María Claudia Moncada (II Semestre)